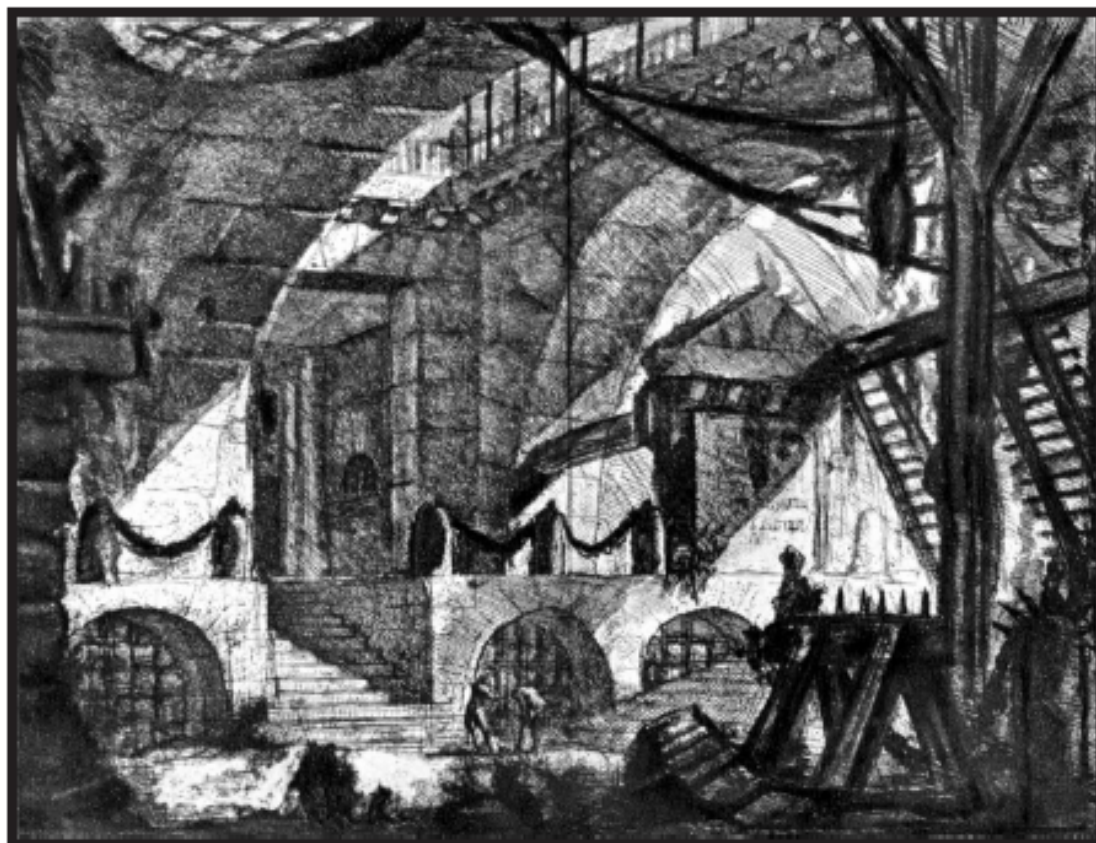


Naturaleza y Libertad

Revista de estudios interdisciplinarios



Número 6, Málaga, 2016
ISSN 2254-9668



Para la publicación de este número se ha contado con la ayuda
financiera de las siguientes instituciones:
**Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia
de la Universidad de Sevilla**
Asociación de Filosofía y Ciencia Contemporánea. Madrid

NATURALEZA Y LIBERTAD
Revista de estudios interdisciplinarios
(Publicación anual)

Número 6

Málaga, 2016
ISSN: 2254-9668

Esta revista es accesible *on-line* en el siguiente portal:

<http://grupo.us.es/naturalezayl>

Naturaleza y Libertad

Revista de estudios interdisciplinarios

Esta revista está consagrada a la filosofía, pero tiene una decidida vocación interdisciplinaria, porque el equipo que la impulsa está convencido de que la filosofía empezó a morir cuando se separó de las restantes disciplinas involucradas en el desafío de conocer, muy en particular las ciencias. “No hay metafísica sin física”, podría ser la primera cláusula de su ideario, que se completa de inmediato con esta otra: “ni tampoco física sin metafísica”. *Naturaleza y Libertad* no pretende abarcar todas las cuestiones que aborda la filosofía; tampoco intenta agotar la agenda de la interdisciplinariedad. Del mundo le interesa prioritariamente todo lo que tiene que ver con el hombre. Del hombre, lo que le distingue del resto del mundo y le permite enfrentarse a él. Entre los que forman el equipo de redacción y los que ya integran la nómina de colaboradores, los hay que defienden la irreductibilidad del hombre a la naturaleza y los que sostienen lo contrario. *Naturaleza y Libertad* no pretende convertirse en un reducto del humanismo ni del naturalismo; su objetivo es transformar este espacio en un foro abierto a todo el que esté seriamente interesado y soporte la discrepancia de los que no piensan como él. Las únicas cosas que excluidas de estas páginas son el exabrupto, la descalificación arbitraria y la intolerancia. La revista favorece la controversia y procura evitar la cansina repetición de consignas y argumentos anquilosados. Pretende lograr, por encima de las diferencias de opinión, el encuentro de unos y otros en un amor común: el de la verdad, a la que no desespera de acercar siquiera un poco más que a los que se acercan a ella.

Directores: Juan Arana, Universidad de Sevilla; Juan José Padial, Universidad de Málaga;
Francisco Rodríguez Valls, Universidad de Sevilla.

Secretario: Miguel Palomo, Universidad de Sevilla

Consejo de Redacción: Jesús Fernández Muñoz, Universidad de Sevilla; José Luis González Quirós, Universidad Juan Carlos I, Madrid; Francisco Soler, Universität Dortmund / Universidad de Sevilla; Pedro Jesús Teruel, Universidad de Valencia; Héctor Velázquez, México.

Consejo Editorial: Mariano Álvarez, Real Academia de Ciencia Morales y Políticas; Allan Franklin, University of Colorado; Michael Heller, Universidad Pontificia de Cracovia; Manfred Stöcker, Universität Bremen; William Stoeger, University of Arizona.

Consejo Asesor: Rafael Andrés Alemañ Berenguer, Universidad de Alicante; Juan Ramón Álvarez, Universidad de León; Avelina Cecilia Lafuente, Universidad de Sevilla; Luciano Espinosa, Universidad de Salamanca; Miguel Espinoza, Université de Strasbourg; Juan A. García González, Universidad de Málaga; José Manuel Giménez Amaya, Universidad de Navarra; Karim Gherab Martín, Universidad Autónoma de Madrid; Martín López Corredoira, Instituto de Astrofísica de Canarias; Alfredo Marcos, Universidad de Valladolid; María Elvira Martínez, Universidad de la Sabana (Colombia); Marta Mendonça, Universidade Nova de Lisboa; Javier Monserrat, Universidad Autónoma de Madrid; Leopoldo Prieto, Colegio Mayor San Pablo, Madrid; Ana Rioja, Universidad Complutense, Madrid; José Luis González Recio, Universidad Complutense, Madrid; Javier Serrano, TEC Monterrey (México); Hugo Viciano, Université Paris I; Claudia Vanney, Universidad Austral, Buenos Aires; José Domingo Vilaplana, Huelva.

Redacción y Secretaría:

Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinarios. Departamento de Filosofía y Lógica. Calle Camilo José Cela s.n. E-41018 Sevilla. Depósito Legal: MA2112-2012

ISSN: 2254-9668

☎ 954.55.77.57 Fax: 954.55.16.78. E-mail: jarana@us.es

© Naturaleza y Libertad. Revista de Filosofía, 2016

ÍNDICE

ESTUDIOS

Miguel Acosta (U. Universidad CEU San Pablo), <i>Hipertrofia tecnocientífica y atrofia antropológica: de zombis, ciborgs, transhumanos y elegantes profesionales de las cavernas</i>	13
Claudia Carbonell (U. de La Sabana), <i>Tecnologías de la comunicación y progreso del conocimiento. ¿Estímulo o rémora?</i>	77
Josefa Castellà Cid (Tarragona), <i>Reflexiones de E. Schrödinger sobre causalidad, indeterminismo y libre albedrío</i>	103
Lourdes Flamarique (U. de Navarra), <i>El eterno retorno de la metafísica. Contemporaneidad y extemporaneidad</i>	133
Javier Hernández-Pacheco (U. Sevilla), <i>La ciencia romántica. Intento de respuesta a una réplica de J. Arana</i>	165
Juan J. Padial (U. Málaga), <i>Los vivientes como agentes semióticos: tendencias transformativas de la biología en los siglos XX y XXI</i>	175
José Domingo Vilaplana Guerrero (Huelva), <i>Naturalismo y teísmo. Encuentro en la frontera entre explicación y justificación</i>	201

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

R. A. Alemañ Berenguer, <i>La naturaleza imaginada. ¿Es matemático el mundo?</i> , Moscú, Urss Scientific Books, 2015 (Juan Arana)	225
Heráclito, <i>Fragmentos</i> , Madrid, Encuentro, 2015. Ed. comentada y anotada de Alberto Medina y Gustavo Fernández (Luciano Espinosa).	232
Francisco Rodríguez Valls, <i>El sujeto emocional</i> , Sevilla, Thémata, 2015 (Francisco José Soler Gil).....	235

Javier Hernández-Pacheco

LA CIENCIA ROMÁNTICA
Intento de respuesta a una réplica de J. Arana
(The Romantic Science)

Javier Hernández-Pacheco
Universidad de Sevilla

Resumen: Se trata de un breve comentario a la réplica de J. Arana a mi artículo: "Filosofía y ciencia. Propuesta de una solución hermenéutica al problema de su discontinuidad", publicados ambos en *Naturaleza y libertad*, 5 (2015).

Palabras clave: filosofía, ciencia.

Abstract: This is a short commentary to the reply of J. Arana to my article "Filosofía y ciencia. Propuesta de una solución hermenéutica al problema de su discontinuidad", both published in *Naturaleza y libertad*, 5 (2015).

Keywords: Science, Philosophy.

Recibido: 20/3/2016 **Aprobado:** 9/4/2016

Los pobres profesores que nos atrevemos a publicar los resultados de nuestras reflexiones, vamos desesperados a la búsqueda de «impactos» que los refrenden ante las autoridades que evalúan nuestra competencia investigadora. Cuando en esas circunstancias nos encontramos con que ni más ni menos que un miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas se digna dirigir su atención sobre un trabajo nuestro, uno tiene

Naturaleza y Libertad. Número 6, 2016. ISSN: 2254-9668

que dar saltos de alegría. Y ése fue el caso de mi última contribución a estos simposiums, que vio la luz en el número 5 de *Naturaleza y libertad*, y que mereció, junto a la contribución del compañero Corredoira, una inmediata réplica del Prof. Arana en el mismo número de la revista. Vaya por delante mi agradecimiento por el honor que se me hace. Pero parece que, hablando de impactos, el de mi trabajo fue de tal índole que Arana, además de su atención, respondió con toda la fuerza de su erudición, competencia científica e ironía especulativa. Y yo me encuentro ahora tan impactado de vuelta, al borde del KO técnico, que solo tímidamente, muy damnificado, me atrevo en estas líneas a defenderme de tan contundente réplica (En fin, menos mal que, desde Sócrates, la dignidad de una propuesta filosófica está más en ser discutible que en generar convención y consenso.).

Mi tesis era sencilla: lo que Kant llama «ideal de la razón», que supone una síntesis definitiva del conocimiento más allá de sus límites empíricos, es irrealizable para un sujeto finito. Y ello supone una insuperable fractura del ejercicio de dicha razón en discursos respectivamente irreductibles que resultan de la aplicación de diversos criterios de racionalidad. No es ni mucho menos la única, pero una de esas fracturas es la que se da históricamente a partir del siglo XVI entre la «nueva ciencia» y la antigua «filosofía primera» o «metafísica». Diferencia que se pone de manifiesto precisamente cuando una de ellas, en este caso la ciencia, alcanza por así decir su mayoría de edad y autonomía metodológica. La ciencia es un discurso que limita su alcance a hechos constatables en una experiencia espacio-temporalmente determinada. Esos hechos se relacionan por ello según medida y cantidad. De ahí la relevancia del lenguaje matemático como medio de expresión del nuevo saber. Desde esas exigencias formales, ese discurso interpreta el «principio de

razón» como posibilidad, por principio, de remitir todo hecho, como efecto, a otros hechos precedentes que se consideran como sus causas. En ese horizonte fáctico, la posibilidad de causas incausadas queda por principio excluida. Por tanto también la posibilidad de desarrollar una teología física, o una cosmología expresamente teísta.

Mi argumentación era, sin embargo, puramente defensiva, a favor de una idea diferente de racionalidad, irreductible a ésta, digamos, científica; una tal que remitiese lo condicionado a condiciones que trascienden, como lo Incondicionado, el horizonte empírico en el que se dan sus consecuencias. En el primer caso, sostenía yo, la razón proporciona explicaciones, en este segundo, sentido reflexivo. Sentido cuyo aporte tiene que ver con la aceptación de lo que, ¡ay de mí!, se me ocurrió llamar «diferencia ontológica»; término con el que Heidegger se refiere a lo que Platón llamaba *horismós*, y más allá del cual se sitúa lo que los idealistas llaman Absoluto o Espíritu, y que ya al principio Anaximandro denominó *Ápeiron*. Se trata de comprender que los principios desde los que la naturaleza se entiende como totalidad (y no en el desarrollo lineal de su facticidad) no forman parte de la naturaleza misma.

Ya sé que argumentar con ejemplos es mala filosofía, pero no resisto la tentación de ilustrar mi posición recurriendo a otras fracturas de la racionalidad en órdenes distintos e irreductibles entre sí. Por tantas series de televisión sabemos la revolución que ha supuesto en la práctica forense la incorporación de las ciencias naturales, de tal forma que los conocimientos científicos contribuyen de manera muy importante a precisar los hechos a partir de los que un juez dicta sentencia. Pensemos en las pruebas de ADN, o en la localización en tiempo y espacio de llamadas telefónicas, etc. Ahora bien, esto que podríamos llamar racionalidad «pericial» y qué sirve, por ejem-

plo en el proceso penal, para precisar lo que ha ocurrido, en modo alguno sustituye a la racionalidad específicamente «forense» en la que un juez debe determinar quién y en qué medida es responsable de eso sucedido, para dictaminar la pena que corresponde. Es más, si procediésemos a sustituir jueces por peritos, al llevar al extremo los principios diferenciales de su propia racionalidad, estos últimos terminarían absolviendo a todo justiciable, porque en el ejercicio de esa racionalidad no aparecen propiamente sujetos responsables más allá de los hechos constatados, causados por otros hechos, y así sucesivamente. De este modo, la aplicación exhaustiva y excluyente de criterios científicos —biológicos, psicológicos o sociológicos— termina haciendo del delito mera disfunción social, patología psíquica o trastorno neurobiológico. Con toda lógica. A saber, con la propia de las ciencias positivas, que así se muestran como teorías metodológicamente útiles, pero sesgadas a la vez, y que no pueden pretender constituirse en paradigma excluyente de racionalidad; y en este caso tampoco excluir el buen juicio que el juez debe ejercer para ver el sentido que tiene la interacción entre la libertad y la ley.

Volviendo a mi disputa con Arana, él, si yo lo entiendo bien, me contraargumenta que la ciencia tiene al final poco que ver con las demarcaciones estrictamente excluyentes de la epistemología desde la que yo pretendo definirla, y que el motor que la impulsa no se diferencia esencialmente del que tradicionalmente movió a la antigua filosofía. De esta forma, los científicos han estado siempre motivados por el mismo afán reflexivo que impulsó a los antiguos pensadores; afán que conduce en último término a que en medio del mundo uno se pueda situar como sujeto reflexivo para expandir tentativamente el ámbito de esa reflexión hasta los últimos límites del universo. De nuevo entrarían aquí en consideración últimas causas y principios. Y así, una

cosmología que no renuncia a ser ciencia, bien puede expandirse hacia una teología física.

Pues bien, pienso que Arana tiene razón, y que por ello pisa terreno firme su reivindicación de lo que antaño se llamó filosofía natural, sin la que en último término la historia de la ciencia carece de sentido. Es más, pienso que esa razón se la concedería el mismo Kant, al que Arana culpa de haber enviado filosofía y ciencia a compartimentos estancos y a la mutua incomprensión. Pero la razón que el Regiomontano y, modestamente, yo concedemos aquí, tiene que ver con lo que Kant efectivamente llama «ideal de la razón», que supone proyectivamente, más allá de la facticidad empírica (pero como el más allá al que la experiencia en último término apunta), la síntesis de las tres ideas trascendentales: alma, mundo y Dios, en un saber nouménico. Ese saber, si es cierto que es inalcanzable, no lo es menos que es formalmente irrenunciable, y remite en último término a la actividad pura a priori que está en el origen de toda síntesis de la experiencia. Esto lo dice Kant casi al final de la *Crítica de la Razón Pura*, y suele pillar ya agotado al sufrido lector y no digamos al heroico hermeneuta que alcanza esos pasajes. Pero es cierto que en ellos Kant se sitúa, en efecto, en la gran tradición socrática: no hay ciencia sin filo-sofía, sin amor a una sabiduría que, como lugar de las definiciones (que no meras objetivaciones), es lo definitorio y lo definitivamente supuesto en toda aproximación, ya sea solo objetivante, al conocimiento verdadero.

Sin embargo, es posible que Arana se vea aquí empujado hacia lo que bien puede considerar una trampa. En ella también puede suceder que la concesión que Kant y yo le hacemos termine en la vieja maldición no sé si china, griega o gitana, de que hay que tener mucho cuidado con lo que se pide a los

dioses —me refiero a Kant—, pues es posible que nos lo den. Porque esa tensión —dialéctica, dicen los epígonos kantianos— entre los resultados objetivados de la ciencia y el ideal infinito de la razón, abre el espacio por el que el romanticismo de Jena se interpreta a sí mismo como continuador de la filosofía crítica kantiana.

La gran propuesta romántica es, ya lo sabemos, la fusión de los géneros, que son por supuesto los géneros literarios de la vieja poética —lírico, épico y dramático—, pero también las barreras preceptivas, las demarcaciones, que las diferencias metodológicas imponen al desarrollo del saber. Así concluye Fr. Schlegel: «Toda la historia de la poesía moderna es un comentario continuo al breve texto de la filosofía: todo arte debe llegar a ser ciencia, y toda ciencia arte; Poesía y Filosofía (y, hay que añadir, Ciencia) deben unirse» (I, 249; *Kritische Fragmente*, frag. 115). En otro texto afirma también: «En la filosofía el camino hacia la ciencia pasa solo a través del arte, del mismo modo como el poeta, por el contrario, solo mediante la ciencia se convierte en artista» (II, 133; *Athenäums-Fragmente*, frag. 302).

¿Hemos de situar aquí a Arana entre los partidarios de una epistemología romántica? En fin, la vida da muchas sorpresas, incluso en amistades sostenidas a lo largo de más de treinta años de convivencia y discusión filosófica. Por eso me pregunto ahora si mi amigo, compadre y maestro, se va a sentir a gusto en esta compañía en que —puede ser un error hermenéutico mío— ahora yo lo veo. No es, en mi opinión, mala compañía. Y de hecho, si él no la repudia puede ser especialmente interesante para sellar, después de tantos años, nuestro definitivo acuerdo en estas cuestiones.

Para ello tendría que concederme él que el motor de la ciencia, el impulso que le abre camino, no es el método científico. O lo que es lo mismo, que la

ciencia, como resultado comúnmente aceptado por una comunidad de interlocutores competentes, va siempre por detrás del proceso de su descubrimiento. Proceso que podemos llamar intuitivo, imaginativo, o, por qué no, poético o estético; y en el que, por definición de proceso, el saber siempre adelanta a lo ya sabido. De este modo la distinción entre filosofía, o poesía en el sentido romántico, y ciencia, no sería la de dos caminos divergentes, sino la del caminante y el espacio recorrido que éste deja atrás, una vez que ese camino queda, en efecto, metodológicamente asegurado, según las reglas que impone, no el explorador, sino la comunidad que tiene después que recorrerlo a diario y que demanda de él determinadas prestaciones (por ejemplo, que queden bien señalados las medidas y postes kilométricos). Si se me permite el símil militar, filósofos serían exploradores que avanzan en descubierta, ciencia la demarcación logística del camino, y los científicos el equivalente al cuerpo de ingenieros, que deslinda y acondiciona ese camino ganado para el posterior uso de la columna de marcha. Filósofos de la naturaleza serían entonces los encargados de mantener la unidad dinámica de dicha columna, intentando que nadie se despiste, descamine o empantane.

Aventurándome en un terreno peligroso por ignoto para mí, podemos discutir, por ejemplo en matemáticas, sobre las virtualidades del intuicionismo y el formalismo. Dicen que Poincaré resolvía los problemas mentalmente, antes de desarrollarlos sobre el papel. A lo que cabe responder que matemáticas de verdad serían las que un intuicionista quizás descubra o invente (suele dar lo mismo), pero que en cualquier caso puede explicar después a un formalista de modo que éste las entienda según su criterio, que sería precisamente el que da carácter científico al descubrimiento.

Si Arana se aviene a lo que propongo, supondría para mí la muy importante concesión de que la ciencia, siendo demarcación de lo metodológica y cuantitativamente garantizado, no solo no excluye la filosofía, sino que acepta que lo que amplía sus propias fronteras como tal ciencia, es el pensamiento que avanza más allá de los límites que esa metodología científica no debe declarar infranqueables. Precisamente allí donde, mediante el contraste empírico y la articulación formal de su discurso, su misión sería, en la limitada medida de lo posible para una mente finita, convertir en seguro el muy audaz y peligroso camino de la imaginación poética. Así por ejemplo Lamarck necesita a Mendel y Darwin, porque sin ellos su teoría resulta un aleluya estilo *New Age*. Pero también viceversa, porque de otra forma terminamos perdidos en descampado, haciendo de la teoría de la evolución mera explicación de cómo se pasa de lagarto a lagartija, y no de cómo se llega de las cadenas proteínicas a profesor de biología. Otro ejemplo de cómo termina empantanada una ciencia que desprecia a la filosofía, sería el marasmo teórico en el que hoy se mueven las neuro-ciencias que arrogantemente pretenden ser neuro-filosofía y terminan por ser neurótico sectarismo materialista.

Ahí volvería a tener razón Schlegel: el camino lo abre la audacia especulativa, poética si se quiere, de la razón. En él «toda belleza es alegoría. Pues lo supremo, precisamente por ser inefable, se puede decir solo alegóricamente. Por eso, todos los íntimos misterios de las artes y las ciencias son propiedad de la Poesía. De ahí ha salido todo, y a ello tiene que volver» (II, 206; *Gespräch über die Poesie*) Mejor deberíamos decir: ahí tiene todo discurso que *intentar* llegar.

Pero eso no cuestiona el espacio propio de las ciencias. Y mucho menos las obliga a renunciar a las estrictas exigencias de su método, que claramente delimita su objeto y alcance propios, sin perderse en la noche, o al menos penumbra auroral, en la que todos los discursos son difusos y empíricamente irrefutables. Antes bien, se trata de distinguir con toda claridad lo que es territorio científicamente conquistado, de la osada especulación fronteriza. Sabiendo, eso sí, que esa discontinuidad tiene sentido solo en el horizonte abierto en el que el ideal de la razón *continúa* su milenario esfuerzo por llegar a saber todas las cosas. Y entonces, el que al final tendría razón es Novalis: «No hay una Filosofía concreta. La Filosofía es como la Piedra Filosofal, como la cuadratura del círculo: una necesaria exigencia de los científicos, el ideal de la ciencia en absoluto. De ahí la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte: que no es otra cosa que la descripción de ese ideal. Como ciencia (o filosofía) concreta hay solo matemáticas, y física» (p. 479; *Aus dem «Allgemeinen Brouillon», 1798-1799.*)

Un poco exagerada, pero no es mala conclusión para terminar.

Bibliografía

Friedrich von Hardenberg (Novalis), *Novalis Werke*. Herausgegeben und kommentiert von Gerhard Schulz. Dritte Auflage München, C. H. Beck, 1987.

Friedrich Schlegel, *Kritische Schriften und Fragmente Studienausgabe in sechs Bänden*, Herausgegeben von Ernst Behler und Hans Eichner. Paderborn, München, Wien, Zürich, Ferdinand Schöningh, 1988. Vols. I y II, 1794-1801.

